

LA BELLA EPOCA

0

EL "NACIMIENTO" DE LA PUBLICIDAD COMO ARTE



El negocio de Zidler iba mal. Zidler buscaba solución. Un día a Toulouse-Lautrec, asiduo a su Moulin, le propuso

que hiciese un cartel anunciador.

—¡Algo nuevo! Ya sabe usted, Henri. Algo sugestivo... insinuante...

Después... después el mundo entero ha conocido ese cartel, ese anuncio publicitario, característico banderín de una época, que salvó al Moulin y le hizo valer un millón. ¡Un millón de francos de la bella época!

El *milagro* se debió a un artista. Sin duda de los primeros que puso su ingenio al servicio de la publicidad comercial. Y, caso paradójico, vendió el que menos necesitaba para vivir, pues todo lo tenía resuelto. Elevó a categoría la anécdota, la publicidad a Arte.

Algunas cosas eran así.

El arte de la litografía, del que ignoraba Henri todos sus principios, se aprendía, según dijo Père Cotelle, en cuatro o cinco años.

Henri, cuando se enteró de este largo aprendizaje, se echó a reír escépticamente. Père Cotelle se molestó por la petulancia de aquel extraño ser que venía ahora a darle a él lecciones de litografía.

Pero llegaron a un acuerdo. Henri, a partir de aquel momento, se encerraría a trabajar en aquel cobertizo que se llamaba Atelier Litographia Artistique de Père Cotelle.

Largas jornadas, experimentos, nuevos procedimientos, trabajo sin tregua, interrumpidos exclusivamente por la boda de la hija de Patou, o el encuentro con Vicente Van Gogh, curado momentáneamente de aquel estallido de locura surgido una mañana mientras bebía un vaso de ajeno. (Van Gogh, que estaba con Gauguin, le arrojó a la cara el líquido, riñeron y terminaron odiándose. Después, la locura, la navaja de afeitar como arma suicida, una oreja cercenada y la huida con ella envuelta en un papel.

Al final, la confinación, el encierro en un manicomio y los ataques.

Henri quedó aterrorizado ante estas descripciones hechas por el mismo Vicente. Para olvidar todo aquello, Vicente, en cuanto se sintió mejor y le dieron permiso, se puso a pintar aquel sol y aquellos campos amarillos que él tanto amaba).

Henri pensó que también él había estado al borde de la locura y que ahora se refugiaba en un intenso trabajo por su profesión.

Henri resolvió infinidad de problemas técnicos referentes a litografía. Un día los ácidos eran excesivos y corroían las planchas, otros tan débiles que no marcaban las líneas. Tuvo que hacer mil combinaciones para hallar los colores adecuados. Cuando estos factores los tuvo resueltos, se metió en su estudio y acabó con la propia colaboración de la Goulou y Valentin, el famoso y discutido cartel del Moulin Rouge. Todo esto fué labor ardua de semanas y aun de meses, que se sucedieron entre constantes quebraderos de cabeza; dificultades entre el completo arte de Henri y el rígido sistema litográfico de Père Cotelle.

Al fin una mañana, todas las paredes de París, aparecieron cubiertas por aquel explosivo cartel que hizo detenerse ante él a todos los públicos, a todas las condiciones sociales, a los expertos y a los profanos en arte. El escándalo fué descomunal. Mientras unos proclamaban que aquello era

una provocación a la moral, a la pintura y al buen gusto, otros lo consideraban un acierto artístico y publicitario.

Los salones, los espectáculos, los bares, calles y academias, eran los sitios en donde a todas horas se hablaba de la pintura del cartel.

El padre de Henri, que desde que éste se dedicó a la pintura había mantenido una tirante actitud para con su hijo, fué a verle a raíz de este escandaloso triunfo para recriminarle su conducta y sobre todo la conducta de un Toulouse-Lautrec. El hijo no le quiso ni oír, y después de esta entrevista, dentro de la mayor violencia, rompieron para siempre.

Por el contrario, una multitud de fabricantes y comerciantes se precipitaron sobre Henri ofreciéndole lo que pidiera por un cartel que anunciase sus perfumes, sus corsés o sus modas.

Vino la época dorada de París, pero se fueron otras cosas viejas y queridas. Un día desapareció Jane Avril, una joven que con un éxito apoteósico había debutado en el «Moulin Rouge». Iba contratada ventajosamente para trabajar en el «Folies Bergères».

Todo el tipismo auténtico se desmoronaba a consecuencia del dinero que el mismo cartel de Henri había producido. Las improvisaciones procaces de la Goulou eran ya afectadas y ridículas. Aquel mundo que vió nacer Henri se iba para siempre en pos del dinero. Surgieron acontecimientos que hicieron temblar la fibra sensible y fina de Toulouse-Lautrec.

El cierre del «Loro Gris» a consecuencia del asesinato de una muchacha, la muerte de una bailarina en plena pista de baile cuando ejecutaba el «grand écart», y como colofón el traspaso del «Moulin Rouge» en un millón de francos, el ansiado millón que pensó ganar Zidler desde el momento que tuvo la idea de montar un cabaret.

Allí acababa Montmartre y con él la vida bohemia de Henri y de tantos otros verdaderos artistas...

Después, como de un sueño, Toulouse-Lautrec despertó. Tenía que ganar todo el tiempo perdido, que

